

CAMBIO DE VALORES EN LAS SOCIEDADES DEL SIGLO XXI



Pilar Rodríguez Martínez (Editora)

Dykinson, S.L.

INTRODUCCIÓN

PILAR RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

A principios del siglo XX Max Weber definía el objeto de estudio de las ciencias sociales –la acción social– como el estudio del *sentido subjetivo que los sujetos otorgan a su conducta*, e inauguró un campo de estudio –el de los valores– que, más de un siglo después, sigue teniendo plena vigencia. Con valores se refería Weber a *las evaluaciones prácticas del carácter insatisfactorio o satisfactorio de los fenómenos sujetos a nuestra influencia* (Weber, 1949, p. 1). Como señalaba Juan Díez Nicolás en 1969, con esa definición se resaltaba la importancia de la *interpretación rigurosa* como manera de entender a los otros-as y, por tanto, de hacer ciencia social. Pues una cosa son los juicios de valor, que son personales, subjetivos, y constituyen una afirmación moral o vital; y otra el estudio de esos juicios de valores por parte de los científicos sociales. Esa distinción es particularmente útil porque permite diferenciar entre la política y la investigación social. Como explicaba Díez Nicolás, “la política social es algo diferente a la investigación sociológica, pues mientras que ésta debe intentar explicar “objetivamente” los hechos, sin implicaciones normativas o valorativas, la política social tiene necesariamente que partir de la aceptación de unos valores y standards normativos” (Díez Nicolás, 1969, p. 266).

De hecho, la importancia de estudiar la aceptación social de los valores y standards normativos debió estar presente entre los y las jóvenes investigadores que, a finales de los años sesenta del siglo XX buscaban entender, por ejemplo, el surgimiento de los *nuevos* movimientos sociales (estudiantil, feminista, pacifista, ecologista, entre otros) y la decadencia progresiva del movimiento obrero. Eso me corroboró Marita Carballo, tras una fabulosa conferencia que impartió en la Universidad de Almería, cuando le pregunté cuál era el ambiente intelectual en el que se gestó la *Encuesta Mundial de Valores*. Ella participó en las discusiones –formales e informales– en las que Ronald Inglehart llegó a convencerse de que en las sociedades del bienestar posteriores a la Segunda Guerra Mundial estaba surgiendo un cambio de valores importante, un síndrome postmaterialista, que hacía que la gente se preocupara menos por la segu-

ridad económica –materialismo– y más por aspectos como la igualdad, la libertad, la calidad de vida o el medio ambiente. Marita hablaba de un ambiente intelectual en el que convivían investigadores de nacionalidades distintas, en universidades punteras como la *London School of Economics*. Juan Díez Nicolás, que en esa época estaba en la *University of Michigan*, corrobora la versión de Marita. De hecho, he quedado impresionada en varias ocasiones oyéndole describir con pasión el modo en el que se iniciaba a los investigadores jóvenes en programas de investigación rigurosos en los que se aprehendía el diseño de la investigación, análisis de datos e interpretación de los resultados, de la mano de los mejores maestros. La vocación investigadora de aquellos jóvenes explica su implicación en programas de investigación internacionales como la *Encuesta Mundial de Valores*, una implicación que han sostenido hasta la actualidad.

Desde sus inicios, los miembros de la *Asociación Internacional Encuesta Mundial de Valores* –por supuesto, una asociación sin ánimo de lucro– siempre han defendido con uñas y dientes su tesoro. De los vaivenes políticos, de los arribistas, y hasta de algunos de sus pupilos. Porque es un programa de investigación *importante* para el estudio riguroso de los valores a nivel global. Nos ayuda a entender los criterios que guían las acciones sociales de la gente, su relación con los otros-as, y nos permite comparar la aceptación/rechazo de los valores en diferentes sociedades. A mí, particularmente, me sorprendió la cantidad de preguntas –formuladas de modo magistral– sobre los criterios que mantiene la gente en sus relaciones con el otro sexo en la Encuesta Mundial de Valores. Viniendo de los estudios de género y migraciones, ese programa de investigación me permitía comprobar hipótesis en un ámbito global. Por supuesto, ese no es el único aspecto que aborda este programa de investigación. Es más, en la página web de la *World Values Survey* podemos hacer análisis con datos reales seleccionando los países de los que queremos tener información, y las variables que nos interesa investigar. Abarca cuestiones sobre la felicidad, la religiosidad, la posición política, la igualdad, la libertad, la confianza en las instituciones y en los movimientos sociales, el uso de los medios de información y comunicación, etc. (<https://www.worldvaluessurvey.org>).

En el curso de verano que organizamos en julio de 2021 en la Universidad de Almería sobre el cambio de valores en las sociedades del siglo XXI tuvimos la suerte de contar con el profesor Juan Díez Nicolás, presidente del comité científico de la WVS y Académico de número, medalla 26, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. No era la primera vez que Juan venía a la Universidad de Almería. Desde el año 2014 estuvimos empeñados en poner en marcha un *Seminario Internacional Encuesta Mundial de Valores* que llevó a cabo varios cursos sobre ese proyecto de investigación internacional. Gracias a las excelentes relaciones personales de Juan, en esos cursos en la Universidad de Almería tuvimos el privilegio de escuchar cara a cara las explicaciones de Christian Haerpfer (presidente de la WVS Association), Kseniya Kizilova (secretaria de la WVS Association), y muchos de sus Investigadores Principales en diferentes países como por ejemplo Marita Carballo, Munqith M. Dagher, Dr. Mhammed Abderebbi,

Sokratis Koniordos, Darwish Al-Emadi, o Fares A. Braizat, entre otros (<https://sites.google.com/ual.es/wvs/inicio>). Juan Díez Nicolás donó a la Universidad de Almería parte de su preciosa biblioteca personal (3.500 volúmenes), que atesoramos en el edificio CITE V. Su generosidad y la generosidad de los-as investigadores que forman parte de este programa de investigación internacional es extraordinaria, como es impresionante el rigor metodológico con el que estos científicos sociales abordan sus investigaciones. Y, sin embargo, por unas cosas y por otras, no pudimos terminar de implantar el proyecto. Los rescoldos de todo aquello hicieron que naciera el grupo de *Investigación Internacional Comparada*, un grupo interdisciplinar formado por investigadores-as relativamente jóvenes que tengo el gusto de dirigir, cuyos miembros firman la mayoría de los capítulos que forman este libro y que me dispongo a presentar al lector-a.

Siendo un grupo interdisciplinar, los valores se abordan en este libro usando las herramientas y conceptos propios de las Ciencias de la Comunicación, la Sociología, la Educación, el Trabajo Social, la Psicología y hasta el Derecho. De hecho, a veces los límites de las disciplinas se desdibujan y estos trabajos podrían agruparse atendiendo a la metodología que usan: más o menos centrada en los datos empíricos, en el análisis de discursos, o directamente en el análisis histórico. En el índice aparecen agrupados atendiendo a los valores que se analizan y/o los contextos a los que se alude para entenderlos.

Cuando diseñé el curso dejé que cada ponente decidiera los valores sobre los que quería trabajar y la metodología con la que quería abordarlos. Sin embargo, al plantearles que el tema del curso era el cambio de valores en las sociedades del siglo XXI, cada persona eligió el cambio social que le parecía más relevante en su ámbito de investigación.

Quiero recordar al lector-a que el siglo XXI se inició con una –otra más– profunda crisis de valores. De hecho, el libro que publicó la UNESCO en 2004 sobre los coloquios del siglo XXI, se titulaba *¿A dónde van los valores?* Ese título era un tanto inexacto, pues los valores sociales y culturales surgen, se difunden y cambian como explica magistralmente el profesor Díez Nicolás (2020), pero no *van* a ningún sitio. Sin embargo, el libro tiene interés, porque reúne las intervenciones de los mejores pensadores del momento, desconcertados ante lo que denominaban el crepúsculo de los valores, la violencia de la globalidad, la cultura de lo inhumano, la multiplicidad de las herencias, la ética de la complejidad, la *frivolidad* de los valores, la ética postmoderna de la estética, la construcción de la subjetividad, etc. Revisando los capítulos de ese libro, parece claro que aquellos autores-as estaban intentando entender las *enfermedades del alma* que llevaron a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001. Les preocupaban los efectos en la cultura de la globalización y las nuevas tecnologías, y se preguntaban si en el nuevo siglo eran posibles nuevos contratos sociales, que incluyeran por fin a las mujeres, en

una educación para toda la vida, y que tuvieran en cuenta el pluralismo cultural, el mestizaje y el medio ambiente. Sin duda, acertaron en reconocer que los atentados del 2001 suponían un cambio de paradigma que, con el paso de los años, hemos tomado como punto de referencia para entender lo que ha ocurrido en los inicios del siglo XXI. Es fácil augurar que el siglo XXI acaba de entrar en un nuevo escenario marcado por la pandemia del Covid-19.

En todo caso, el siglo XXI nos ha traído ya dos grandes crisis financieras –la de 2008 y la de 2019– como bien nos explicó Juan Díez Nicolás durante el curso de verano. La primera tenía sus antecedentes en el mundo bipolar creado en Yalta, el surgimiento del eurocomunismo y la socialdemocracia, la ruptura del equilibrio y el fin de la URSS, los acuerdos de Maastricht y los problemas de la Unión Europea. Como consecuencia llegaron los hombres de negro y nos dimos cuenta de que pertenecíamos a la Europa del Sur. Las clases medias se fueron estrechando, los estados del bienestar empezaron a preocuparse menos de la gente de los márgenes sociales y pusieron a la venta parte de lo *público*. El incremento de la globalización financiera contribuyó a debilitar las organizaciones políticas nacionales y supranacionales y aparecieron los populismos. La crisis de 2019, como nos explicó magistralmente el profesor Díez Nicolás en el curso, tuvo sus antecedentes en la emergencia de China, la presidencia de Trump, el Brexit, los problemas de la región MENA para la Unión Europea, el cambio climático, la polarización social, y las pandemias. Las consecuencias de esa crisis son constatables en la sanidad, la familia, la sociedad, la economía, la política y en las relaciones internacionales. El crecimiento de la población, las crisis de recursos, la amenaza de nuevas pandemias, las crecientes desigualdades, el aumento de los conflictos, las respuestas autoritarias, el desequilibrio entre el poder financiero y el poder político, son algunos de los nuevos retos –y problemas– que formarán parte del legado que tendrán que abordar las nuevas generaciones.

A ese telón de fondo hay que añadir los efectos de la “desinformación”, que es una de las principales novedades de este siglo, y de la que se ocupa Javier Díez Medrano en el primer capítulo de este libro. Y no porque el fenómeno sea completamente novedoso, pues de hecho el autor resalta los antecedentes históricos que han participado en la creación, difusión y aplicación del concepto. Sino porque, como señala Díez Medrano en las primeras líneas de este capítulo, hay que “*poner nombre y apellidos a los Estados, empresas, organizaciones e individuos que promueven y lideran la desinformación, a nivel mundial y en la actualidad*”. Pues las evaluaciones prácticas del carácter insatisfactorio o satisfactorio de los fenómenos sujetos a nuestra influencia dependen –cada vez más– de lo que *intercambiamos* en los medios de comunicación y las redes sociales, de las herramientas persuasivas y logarítmicas que permiten que circulen los discursos del odio y que dificultan el discernimiento entre la verdad y la falsedad. Como señala el autor, hoy día la desinformación es más rentable que la información, por lo que es

más que probable que nadie nos crea cuando digamos la verdad. Ponerle nombre y apellidos a quienes la promueven y lideran es nuestra tarea.

La inseguridad que siembran quienes manipulan la información, junto a la importancia creciente de las redes sociales y la ciberseguridad, contribuyen a generar nuevos paradigmas en los servicios de inteligencia, como bien expone en el capítulo segundo Antonio J. Segura Sánchez. El autor inicia su análisis tomando como punto de referencia los atentados del 11 de septiembre, que obligaron a replantear el ciclo de Inteligencia para tratar de adaptarse y reducir la incertidumbre pues, desde entonces, incluso los "enemigos" empezaron a desdibujarse, y los actores (políticos, militares o empresas) empezaron a demandar información que permitiera construir a los otros. La falta de objetivos claros que faciliten la búsqueda impide desarrollar líneas estratégicas concretas, por lo que sólo se puede trabajar teniendo en cuenta ciertas líneas esperadas. Pero, además, hemos asistido a un intento de los estados de controlar los flujos de información fuera de sus fronteras, que ponen en peligro –incluso– el normal funcionamiento de las democracias.

Como consecuencia, cabe preguntarse, como hace Carmelo Jesús Aguilera en el capítulo tercero, si el terrorismo es un concepto válido en el siglo XXI. Este autor sintetiza las oleadas de terrorismo, pasando de los primeros actos terroristas en el siglo primero de nuestra era, hasta llegar a la ola anarquista de finales del siglo XIX, la oleada anticolonial de la segunda década del siglo XX, la de la nueva izquierda, o la etapa religiosa, que se inicia a finales de los años setenta del siglo XX. El modo de actuar ha ido variando a lo largo del tiempo si se analizan las formas de organización, las motivaciones o la letalidad de los actos terroristas. En la actualidad, nos encontramos con un terrorismo de corte yihadista, pero estamos asistiendo –también– al surgimiento de atentados violentos por parte de individuos o grupos de extrema derecha. El autor ofrece varios escenarios posibles a modo de prognosis, ninguno de los cuales contempla el cese de la violencia política.

Para abordar los cambios de valores en el siglo XXI hay que detenerse también en lo que está ocurriendo en la esfera privada o personal de la gente. Los capítulos 4, 5 y 6 abordan ese ámbito señalando los cambios en el rechazo/aceptación de la violencia en la pareja, los que se están produciendo en las maneras de construir la identidad sexual y el papel de la inteligencia emocional en las relaciones familiares. El viraje que le proponemos al lector-a al focalizar su atención en las relaciones personales/familiares puede que le desconcierten, pero es que en el siglo XXI lo personal es *ya* político, y cualquier mirada sobre el cambio de valores tiene que arrojar luz sobre cómo se conectan los ámbitos públicos y privados, o cómo construimos nuestra identidad, o cómo podemos construir relaciones interpersonales satisfactorias.

En el capítulo 4 presento un análisis sobre los valores que están implicados en la aceptación/rechazo de la violencia en la pareja, atendiendo al marco teórico propuesto

por Díez Nicolás y de las teorías sobre los cambios en los órdenes sociales de sexo-género. Sostengo que la aceptación/rechazo de la violencia por parte de los hombres hacia sus esposas está relacionada con el tipo de organización doméstica que predomina en esa sociedad y su relación con el resto de la estructura social (mercado de trabajo, educación, sistema político, medios de comunicación, etc.). Trabajando con los datos de la última oleada de la Encuesta Mundial de valores, aparecen dos dimensiones de valores relacionadas: la igualdad de género (referidos al ámbito público) y la tolerancia sexual (referidos al ámbito privado). El ámbito de la participación pública de las mujeres está relacionado con los valores de igualdad y el ámbito de lo privado tiene que ver con la libertad. El análisis concluye que quienes justifican la violencia en la pareja puntúan bajo en igualdad de género. Pero, además, la defensa de la tolerancia sexual incrementa la justificación de la violencia en la pareja. Y es que el concepto de *libertad* que se desarrolla en los procesos de modernización no parece que se conjugue bien con la *justicia social*, cuestión que se desarrolla también en el siguiente capítulo.

El capítulo 5 trata sobre las identidades y la diversidad de género. Pilar Ríos Campos trata de analizar las transformaciones que se han producido en los últimos años. Pues las reivindicaciones sobre la justicia social han ido dando paso a las de la diversidad sexual y el reconocimiento de las identidades sexuales. La autora pone en duda que se pueda conseguir justicia social exclusivamente a través de políticas culturales. La lucha por el reconocimiento, defiende, no puede hacerse perdiendo de vista las soluciones afirmativas de la redistribución. Concluye que es necesario romper definitivamente la conexión entre sexo y género, que hay que romper también la conexión entre sexo y preferencia sexual. Pero, además, hay que evitar las políticas exclusivamente identitarias. Hablamos de colectivos que, además de necesitar reconocimiento, demandan justicia social, pues se trata de gente que vive –en muchos casos– en una situación de desventaja en lo que se refiere al acceso a los recursos económicos al tiempo que soportan agresiones homófobas.

Hay que desarrollar relaciones interpersonales más sanas. Josefina Rodríguez Góngora y Juan Carlos Rodríguez Rodríguez desarrollan el papel que puede tener la inteligencia emocional en las relaciones familiares. Parten de una definición de familia que se demuestra variable a lo largo del tiempo. Y diversa. De modo que se están desarrollando distintos estilos educativos intrafamiliares, dependiendo de la adaptabilidad y cohesión de sus miembros. Su propuesta de análisis define la *Inteligencia emocional* como *la capacidad para comprender, dirigir y actuar de manera correcta en las relaciones humanas*. Puesto que las emociones se pueden aprender, podemos llevar a cabo una educación emocional en la que las emociones sean aprovechadas como recursos propios para la resolución de problemas. Se trata de crear conciencia emocional, autoestima, habilidades sociales y habilidades para la vida, para conseguir entornos más agradables para todos-as.

Los capítulos 7, 8 y 9 abordan desde distintos ángulos los valores en la educación. Victoria Figueredo trata de desentrañar en qué consiste la educación en valores. Christian Roith analiza los conflictos de valores en las legislaciones educativas. Y Hanan Saleh Husein aborda cómo puede llevarse a cabo la mediación intercultural e interlingüística. En ningún caso se afirma que nuestro sistema educativo no transmita valores, o que no haya aceptación de valores y standards normativos entre quienes participan en los procesos educativos. Es que existe una demanda creciente de herramientas –valores– que ayuden a frenar fenómenos como, por ejemplo, el *bullying*, el *sexting*, el *grooming* o el *ciberbullying*.

Victoria Figueredo parte de la definición de educación en valores como *un proceso de formación de la conciencia personal, del juicio y del razonamiento moral de cada individuo, así como de una conciencia colectiva respecto a los principios establecidos en las normas constitucionales de los países democráticos*. Ese proceso resalta dos pilares fundamentales de la educación: aprender a ser y aprender a vivir juntos. Valores como la comunicación intercultural, el respeto a la diversidad, el pleno respeto a los derechos humanos, la libertad personal, la responsabilidad, la ciudadanía democrática, la solidaridad, la tolerancia, la igualdad, la justicia y la cohesión social deberían quedar fuera de las discrepancias políticas. Sin embargo, chocan de frente con las culturas dominantes, que promueven el individualismo, el capitalismo, el materialismo y la inmediatez. Como consecuencia, la tarea de educar en valores queda muchas veces fuera del alcance del control de los propios centros educativos.

Christian Roith abunda en los conflictos de valores en la legislación educativa española de la historia reciente. Destaca varias tensiones. La primera se produce entre los valores religiosos tradicionales *versus* emancipación y autodeterminación personal. La segunda es la segregación social *versus* inclusión social. La tercera se refiere a la identidad nacional española *versus* identidad nacional regional. Y la cuarta hace referencia a la reproducción de la estructura social *versus* igualdad de oportunidades para todos/as. Demuestra que existe una relación entre la defensa de determinadas ideologías políticas y la ponderación de esas parejas de valores opuestos, y reclama un dialogo que posibilite a las partes ceder razonablemente a fin de solucionar esas tensiones.

Hanan Saleh Hussein describe en el capítulo 9 sus experiencias trabajando en la universidad con estudiantes que pretenden formarse como traductores e intérpretes de los servicios públicos. La mediación intercultural e interlingüística aparece en este capítulo como central de cara a poder realizar una *buena* traducción. Para que ese proceso sea posible, es necesario que ambas partes estén dispuestas a aprender sobre los otros-as. Los beneficios de una educación así, señala la autora, *no solo se limita al alumnado, sino, de igual modo, se extiende a los integrantes de la población de migrantes, a la Administración Pública como órgano competente, a las ONG y, asimismo, a la sociedad de acogida*.

El último capítulo del libro lo firma Ana María López Narbona. Ofrece los resultados de una revisión sistemática de la literatura sociológica cuyo tema principal es la exclusión social, utilizan los datos de la sexta oleada de la *Encuesta Mundial de Valores* y han sido producidos entre 2015 y 2021. Este capítulo deja las puertas abiertas para que los y las investigadores sociales planteen nuevas hipótesis sobre qué hace que la gente sea excluida en nuestras sociedades y cuáles pueden ser los mediadores/predictores más relevantes de cara al futuro.

Así pues, y tomado en conjunto, este libro trata de analizar algunas tendencias sociales que confluyen en los cambios de valores de las sociedades del siglo XXI. En todos sus capítulos subyace el deseo de crear nuevas culturas de la paz, tanto en los espacios públicos como en los privados/personales, tomando como unidades de análisis los-as individuos, las instituciones, los países, las regiones culturales o la sociedad civil global. Pone de relieve la riqueza de las interpretaciones cuando los fenómenos sociales –los valores– se abordan desde una perspectiva multidisciplinar.

Me gustaría agradecer la participación de los y las asistentes al curso que, de manera presencial, generaron debates, plantearon dudas y expresaron sus opiniones en un ambiente distendido en el que todos-as sentíamos la necesidad de expresar nuestro hartazgo por la –ya entonces– larga pandemia, nuestros miedos, y nuestras enormes ganas de interaccionar. Especial agradecimiento merece Juan, que asistió a todas y cada una de las ponencias escuchando, interpelando y aclarando conceptos cuando era necesario. Observando su actitud, los y las que allí estuvimos presentes, el privilegio de asistir a una lección magistral sobre cómo surgen, cómo se difunden, cómo cambian y cómo deben ser transmitidos los resultados de nuestras investigaciones sobre valores.

BIBLIOGRAFÍA

- Díez Nicolás, J. (1969). *Sociología. Entre el funcionalismo y la dialéctica*. Guadiana.
- Díez Nicolás, J. (2020). *Los Valores Sociales y Culturales: Como emergen, como se difunden y como cambian*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- UNESCO (2005). *¿A dónde van los valores?* Icaria.
- Weber, Max (1949). *The Methodology of the Social Sciences*. The Free Press.